

RECUERDOS EN LA MUERTE DE PABLO NERUDA

Mil novecientos treinta y seis. Arribo
a una escollera azul: Puerto Neruda.
Hay una estrecha playa de terciopelo amargo
y un suburbio de sueños con una triste música.
Amarrados a un dique de llanto y esperanza
cabecean navíos de rota arboladura
y entre las rocas verdes como rostros de ahogados
corre desalentada una mujer desnuda.

Mil novecientos treinta y nueve. Toco
territorios de penas y de furias,
poblaciones de sombra y de metralla,
sublevaciones de materia abrupta.
Hay manos que se estrechan como alas
por los cielos heridos sobre una tierra injusta
y ríos de hondo vino como sangre agolpada
que se descuelgan desde humanas uvas.

Mil novecientos cuarenta y dos. Rompe
el muro gris la luz rabiosa y pura.
Puerto Pablo es un largo continente,
una «delgada patria» y un oído que escucha
el viento original, el pulso primitivo,
la voz primera y última.

Mil novecientos setenta y dos. Piso
una costa de dulce materia o clara espuma
de pequeños objetos amorosos,
de satélites mínimos y de doradas frutas.
La tierra mineral, frutal, activa,
la maternal entraña, la enamorada pulpa,
crece por el poema carnosa, levemente
se torna nube y cae en largo verso o lluvia.

Mil novecientos setenta y tres. Siempre
el hombre con su trágica aventura,
regrese siempre el aire desnudo de la tarde,

la tormenta de los cielos del verso siempre nubla.
La sangre palidece. El odio ata su yedra
y al corazón de la esperanza injuria.